



ACHA, Omar y QUIROGA, Nicolás. **El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo;** Editorial Prohistoria; Rosario; 2012; [237 páginas].

Por Eva Mara Petitti (UNMdP-CONICET);
marapetitti@yahoo.com.ar

El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo, no pretende ser un estado de la cuestión sobre el tema, si bien su extensa bibliografía proporciona un importante marco actualizado de lo que se ha escrito en esta materia. En cambio (por el contrario) se propone, y consideramos consiguiente, entablar un diálogo con determinadas obras seleccionadas como las más relevantes de la historiografía sobre el peronismo, haciendo un “abuso” de las mismas en el sentido planteado por Ronald Barthes. Es decir, Acha y Quiroga no se plantean conversar acerca del objeto principal de la argumentación de las obras, sino de aquello que los inquieta. A partir del desvío del hilo discursivo, se expresan sobre las cuestiones que subyacen a las mismas constituyendo un denominador común, un sentido común historiográfico.

En esta tarea, incorporan textos teóricos provenientes principalmente de la Antropología, la Filosofía de la Historia y el Psicoanálisis, áreas en las cuales los autores se han especializado a lo largo de su trayectoria. En el transcurso de su elaboración, ya desde el año 2003, Acha y Quiroga nos han dejado aproximarnos parcialmente a este resultado final a través de diversas publicaciones dando lugar a una imagen a la cual le faltaban algunas piezas para completar el puzzle. Con su relectura enmarcada en un contexto mayor, aquellos trabajos, cobran una dimensión diferente. A medida que conversan con otros autores, lo cual se suma en algunos capítulos a un diálogo mutuo, van arrojando luz sobre sus lineamientos, develando cada vez más sus presupuestos mientras avanzamos en la lectura. El carácter

de la escritura al que ya nos han acostumbrado Acha y Quiroga, el tono provocativo, por momentos coloquial pero permeado por la utilización de conceptos densos, requiere al menos una lectura atenta.

Al introducirnos a la obra, los autores nos hablan de un título fatuo, es posible que elijan esta adjetivación por la referencia a la imbricación entre la leyenda y la explicación científica que proponen. En la introducción, se resguardan de las diferentes miradas que el lector puede tener respecto a la relación de las tres partes en que está organizado el libro: “no como evolución” tampoco “mapean todo el terreno” ni “caracterizan comportamientos”, sino por movimientos, por “temperaturas”, por follajes, que van del blanco al rojo, de la sabana a la selva. Sin embargo, el incremento de la temperatura así como de la frondosidad en tanto que avanzamos en la lectura, nos permite pensar en la posibilidad de tres estadios.

La primera parte, está destinada a los “domésticos.” A lo largo de cinco capítulos o picadas como prefieren llamar, en este primer movimiento desarrollan el concepto de normalización y lo operacionalizan a partir de la revelación de modelos ejemplares. La historiografía normalizada reduce el pasado a un ente, lo cual se debe, explican, a un desapasionamiento inconciliable con el pasado como algo sublime, la “domesticación política de los hechos históricos” de la que habla Hayden White. Podría decirse entonces que la normalización del objeto peronista es la acción de despojarlo de su condición de “hecho maldito del país burgués” y transformarlo en un momento central de la integración del país burgués. Al integrarlo, entonces, se lo concibe como normal. El ejemplo que toman para explicar este mecanismo es el texto “La democratización del bienestar” (LDB) de Pastoriza y Torre.

La operación de normalización lejos de ser un proceso aislado, ocurre al tiempo que se derrumba el horizonte político cultural de la credibilidad del peronismo, en el marco de la creación de una sociabilidad política y cultural democrática. Sobre este último aspecto profundiza el segundo capítulo. La normalización se lograría por dos medios, la historia de la historiografía y una mirada retrospectiva de la tensión entre el discurso plebeyo y la mirada integradora sobre la que el peronismo lograría cabalgar. Si bien reconocen los autores, hay una variedad de interpretaciones sobre el peronismo, la brújula interpretativa no es variada. Esto se debe a la existencia de un consenso, cuya construcción les interesa develar. Para ello amplían el análisis de LDB, especialmente en lo que refiere al desenlace conflictivo. ¿Cómo integrar el desenlace conflictivo en la historiografía normalizada? Mientras que para los autores de LDB revela las crispaciones de un proceso nivelador, para los autores de *EI*



hecho maldito, es la disrupción lo que explica el conflicto. En este sentido, el mito, aparece ya no como consecuencia, sino como configurador de la dicotomía peronismo antiperonismo.

Plotkin, en cambio directamente ignora el desenlace conflictivo. Sobre esta cuestión el libro ahonda en el tercer capítulo, interrogándose sobre cómo se ajusta su producción a la normalización de los estudios sobre el peronismo. Esto se debe según los autores a, por un lado, la superficialidad de la historia social y cultural del peronismo y por otro lado, a la compatibilidad con el modelo ejemplar. Acha y Quiroga observan cómo las líneas más prometedoras sugeridas en *Mañana es San Perón*, aquellas relacionadas con la Antropología, no han sido desarrolladas por otros autores y han sido abandonadas por Plotkin quince años después, al escribir *El día que se inventó el peronismo* cuando se propone devolver al mito su naturaleza histórica, es decir, analizar cómo el hecho deviene en mito, para reconstruir el proceso histórico. Así lo patológico estaría en la visión de los analistas, no en el peronismo.

En el siguiente capítulo, el diálogo se dirige al texto de Walter Little sobre el Plan de Acción Política de 1955/6 y su planteo acerca de que el peronismo sostuvo un “impulso fatal a la dominación”. Este trabajo es tomado en tanto da cuenta del formato académico del antiperonismo y de su permanencia en la literatura reciente. Llegado este punto *El hecho maldito* analiza la sombra de las calificaciones más simplistas en las discusiones renovadas, es decir, la subsistencia de un mundo ideologizado, prehistórico, en el contexto de normalización. Esta subsistencia se funda en la falta de reparos que ha tenido la historiografía normalizada respecto a la relación entre sociedad civil y estado, una relación tan compleja, que ha llevado a Omar Acha a plantear el concepto de sociedad política (Acha “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo” en *Desarrollo Económico*, 2004), un terreno donde es posible observar que “el impulso fatal de dominación no caía del cielo sino que cristalizaba a partir de la polarización política” (Acha y Quiroga, Pág. 78). En este sentido, los autores señalan que si bien los conceptos de estado y partido utilizados por Little han sido complejizados por la historiografía normalizada, no ha ocurrido lo mismo con el de “jefe de manzana”. Por lo tanto, una mirada de la política al ras del suelo, puede arrojar luz sobre una visión panorámica en la que se pierde fácilmente la sociedad política.

Profundizando sobre esta última cuestión el capítulo cinco, a cargo de Nicolás Quiroga, plantea una concepción de lo partidario anclada en lo local, área sobre la que el autor ha realizado un extenso estudio empírico y teórico plasmado en su tesis doctoral. Inicia este capítulo con la necesidad de revisar



una paradoja “existió mucha actividad partidaria durante el peronismo, pero el partido no fue importante para los peronistas.” (Acha y Quiroga, pág. 83). La historiografía reciente sobre el partido peronista no ha roto lazos con las previas. El partido continúa siendo una cápsula, ya no vacía, pero sí habitada por problemas importados. Este encapsulamiento se debe a las variedades regionales y el lugar del partido en la tradición política. En este sentido plantea las posibilidades que brinda el estudio local sobre el provincial para estudiar las prácticas partidarias, con una concepción de partido tomada de Samuel Eldersveld, que se propone rebuscar entre los rituales ciertas claves para comprender la construcción de las identidades, la relación entre estado y sociedad política, entre historia social y cultural, entre cultura y política durante el peronismo (no peronistas sino “en” el peronismo). Propone formas de leer el antagonismo intra e interpartidario, lejos de normativas sobre lo que debe ser o no la democracia.

El segundo movimiento, el de los turbados, los insubordinados, se divide en dos capítulos. En el primero, el diálogo entablado con la “nueva historia cultural” comienza cuestionando el grado de esa novedad. El parámetro de comparación lo constituyen dos obras, *La cultura popular del peronismo y Política y Cultura Popular*, que olvidan las dimensiones nativas de la experiencia simbólica. El carácter esquemático y estadocéntrico de la obra escrita por Ciria echaría sus raíces para el nacimiento de *Mañana es San Perón*. Frente a esta “historia cultural peronista”, una “historia cultural sobre el peronismo” y más específicamente una “historia cultura de la argentina peronista” se presentan como alternativas para superar los esquematismos sobre el lazo entre cultura popular y peronismo. Sin embargo, aunque en diferentes medidas, ambas encuentran límites para posicionarse como una alternativa a la normalización. Sea por la dualidad metodológica, sea por la dualidad epistemológica, la nueva historia cultural del peronismo se muestra turbada pero remisa a la vez. Turbada, porque logró salir de la mirada estadocéntrica y estructurada a partir del rastreo de nuevas fuentes, pero remisa, porque aún no ha cuestionado el andamiaje teórico sobre el que se gestaron las representaciones partidarias sobre el peronismo: melodrama e industrialización, herejía y restauración.

En el capítulo siete conversan con los estudios sobre sindicalismo, clase obrera y peronismo. Profundizando en la transición, dan cuenta de cómo los trabajos de la tradición liberal progresista, ejemplificados en el texto de Romero y Gutiérrez así como los de la tradición marxista encabezados por Hernán Camarero, han planteado la inexistencia de una ruptura en 1945, los primeros para no dañar la evolución de la ciudadanía y el segundo porque considera que la ruptura estaría dada entre el



peronismo y la clase obrera y no con la argentina liberal. Por otro lado, les interesa el trabajo de Iñigo Carrera en tanto, dio sentido a una serie de investigaciones que analizaron las prácticas y que a partir de esa indagación detallada de los conflictos transformaron sus principios teóricos, floreciendo “en figuras analíticas que exceden los marcos en que germinaron.” (Acha y Quiroga, Pág. 161). Sin embargo, aún no llegan a ser salvajes, para ello es necesario pero no suficiente acumular tesis renovadas que puedan cuestionar la hegemonía de la historiografía normalizada. El caso de Romero y Gutiérrez, quienes a partir de un trabajo empírico sobre un espacio y marco temporal acotado diseñaron un esquema para todo el siglo, demuestra que “la potestad para construir una Doxa proviene de otro lugar que el archivo.” (Pág. 146). Por lo tanto, es necesario además cuestionar los presupuestos paradigmáticos del trabajo académico “rumiar sin prisas los puntales y las vigas que permitirán edificar otras ideas, otras prosas, otras políticas del saber.” (Pág. 166).

En el tercer movimiento, el follaje se espesa, pasamos a la selva. Aquí el diálogo se enmarca en dos trabajos desafiantes, salvajes. En el capítulo ocho, las herramientas del psicoanálisis, presentes a lo largo de todo el texto, cobran mayor dimensión. En esta esfera, Acha no tiene con quien conversar porque “no existe un campo de estudios sobre el territorio del psicoanálisis y las ciencias sociales” (Pág. 171). Se propone, por lo tanto, mostrar como los desencuentros entre el psicoanálisis y la investigación histórica se deben a las matrices disciplinarias consolidadas y no a la dificultad de operacionalizar la teoría. La investigación psicoanalítica le permite abrir la caja negra que para James conforma la constitución de las subjetividades peronistas, permite mostrar la diversidad de sus pliegues y sus componentes eróticos, por un lado la sujeción de los sectores populares a Perón y Eva, por otro lado la oposición peronismo antiperonismo. Señala que las identificaciones políticas se sostienen en *imágenes*, esto es, en tramas imaginarias, concientes e inconcientes, individuales y sociales, que en tanto tales, desobedecen a las normativas basadas en teleologías como modernización, democratización y ciudadanía. Por ello el psicoanálisis, que brinda un método fractal que ayuda a responder por qué el mito social se anudó a los mitos individuales. Con razón, sostiene, se investigaron los rituales que se dirigían a las masas, sin embargo quedando a mitad de camino no se investigó el proceso que hizo posible la recepción del discurso peronista que condicionó su éxito. En este sentido Acha parece encontrar respuestas a la relación entre Perón y lo estatal.

Finalmente, la última picada se propone examinar los cimientos de la autoridad historiográfica o intelectual (nuevamente aludiendo a la metáfora de la construcción) que parecen disociado de las



ideologías y tienden a perpetuarse como un secreto de oficio, un saber que se auto explica. Con este fin, se centran en la figura de Horacio González, profesor y ensayista, cuya prosa es inaccesible para quienes no habitan sus mismos discursos. González da cuenta de una manera no progresista, otra manera, de pensar el peronismo, “se distancia de la pretensión de que lo histórico pueda ser concebido como una sustancia a ser reconstruida o reflejada por una prosa objetiva, positiva y ecuánime.” (Pág. 189). La obra muestra en qué medida la apariencia de neutralidad está contaminada por un discurso liberal democrático.

En el marco de la transición democrática, la profesionalización historiográfica se entronca con la visión socialdemócrata de la realidad y se traslada al pasado. Así se diseña una visión normalizada y por lo tanto despatologizada del peronismo, en una operación que se propone sacarle lo que tiene de hereje, aportando al reconocimiento de una ciudadanía social con el objetivo de dar cuenta de la integración. La propuesta de Acha y Quiroga es una lectura en clave de conflicto, de allí la necesidad de estudiar “el hecho maldito”, de darle su lugar, en vez de analizar como el hecho devino en mito. Aquí cabría un lugar para la pregunta formulada por Friedrich Schiller “¿Quién no prefiere detenerse entre el desorden espiritual de un paisaje natural antes que en la regularidad sin garra de un jardín francés?” Para ello hay que desprenderse de la mirada normalizada. En este sentido *El hecho maldito* pretende ser salvaje. O al menos un llamado de atención, para que nuestra lectura esté atenta a los riesgos de la normalización y podamos quedar “turbados.”

Este balance no pretendió hacer un resumen o síntesis de la obra, porque no haríamos justicia de la misma. Consiste más bien en una invitación a la lectura de un libro polémico, que pretende posicionarse como una ruptura en la historiografía sobre peronismo, o que al menos propone “otra historia” del peronismo. Al igual que las anteriores no se trata de una historia “no contaminada por la imaginación política”, pero a diferencia de aquellas lo hace explícito y quizá sea aquí donde reside su punto más disruptivo.

